

CAMINO A LA REDENCIÓN

Emilio Egocheaga

Dios los cría y ellos se juntan. No hay mejor frase para describir la tendencia de dos almas a que sus caminos se deban interceptar; más que a una voluntad humana se le otorga el designio.

Debido a la reputación por la maldición que cargaba consigo, Gustov solo podía transitar en la ciudad por la noche, para no ser objeto de críticas ni de juicios contra él. Aunque nadie en su sano juicio hubiera querido ni acercársele, ya que ello resultaría en que esta persona estuviera envuelta en una serie de eventualidades que terminarían por acabar con su propia vida.

Una noche salió del hotel donde se alojaba, dirigiéndose hacia el parque al que siempre concurría. Empezó a caminar por las desoladas calles, cuando de repente, para su sorpresa, empezó a llover. Como si la lluvia no solo hubiera traído consigo gotas de agua, una señorita apareció entre el brumoso ambiente y, recostando su paraguas sobre un hombro, le dirigió unas palabras con tono sarcástico:

—¿Hermosa noche, no?

—Usted lo ha dicho —le contestó, acompañando el sarcasmo—. ¿No es muy tarde para que una señorita como usted esté caminando sola por estos lugares?

—Nunca estoy sola —replicó—. Iba rumbo a mi casa, pero la lluvia desvió mi camino, ¿gusta acompañarme?

Se contuvo para no responder de inmediato, siguiendo sus principios de no

tenerle fe a las coincidencias y a la vez para denotar su carácter galante. Decidió seguirle la corriente para encontrar una explicación lógica a lo que ocurría. “Será un placer”, atinó a contestar en tono caballeroso.

Compartiendo el paraguas, la pareja siguió su rumbo a pesar de la intensa lluvia que los agobiaba. Llegaron a una esquina, doblaron por la calle y la joven se detuvo diciendo:

—Aquí me quedo, gracias por acompañarme.

—No hay de qué —le respondió.

Aún de pie sobre el mismo sitio donde se habían separado, logró divisar cómo la mujer se desvanecía a lo lejos, al mismo tiempo que se esclarecía el ambiente. Volteó la mirada para reconocer en dónde se encontraba y quedó perplejo al ver una imagen de una joven pintada en el mural de una capilla, quien tenía los mismos rasgos que aquella que lo condujo hasta allí.

Apegado a su estilo detectivesco decidió adentrarse al recinto, pero se vio imposibilitado, ya que las puertas de este estaban cerradas con un par de candados deteriorados que contrastaban con la añeja apariencia del lugar, pero aún permanecían tan resistentes como si no se hubieran manipulado durante años.

Después de varios minutos de forcejear los candados con sus llaves del hotel, exhausto por la energía gastada y afligido por los resultados desalentadores, miró a su alrededor buscando algún instrumento que le posibilite manipularlos con el fin de entrar. A punto de perder las esperanzas, e intentando recobrar el aliento y reunir las pocas energías que le quedaban, da un suspiro profundo inclinando la cabeza cuando, de repente, una gota de agua que escurría del frontis de la capilla le cae sobre su sudorosa frente y se desliza con delicadeza, como si fuese limpiando a su paso todo rastro de impureza y de la ira que lo dominaba en ese momento. Recordó inmediatamente la lluvia fugaz que había azotado la ciudad y a la joven que apareció en su auxilio, trayendo consigo ni más ni menos que un paraguas.

Despojándose de su humedecido abrigo y recogiendo el paraguas que yacía tendido sobre los escalos-

nes, posó su mirada sobre los extremos de terminación metálica que denotaban un cuidadoso trabajo de hierro forjado en el objeto. En base a esto se podía deducir que se trataba no solo de un utensilio ordinario, sino de una herramienta fabricada para otros fines más elaborados.

Usándolo como el último recurso que le quedaba para forcejear los candados, atinó a introducir cada punta por el orificio y, con un ligero movimiento de muñeca, pudo abrir cada uno con el extremo correspondiente de la barra metálica. Decidido, entró en la capilla, experimentando al mismo tiempo regocijo y un calor corporal que nunca antes había advertido, como si por primera vez se sintiera vivo.

Cuentan las personas de San Petersburgo que cada vez que ocurre una llovizna repentina, un ángel es enviado a la tierra en forma de gotas de agua, con el propósito de ayudar a una persona que se encuentre hundida en el pecado o necesite de la fe para redimirse de las malicias que lo puedan estar atormentando.

LA CORONA FLAMÍGERA

Nicolás Velasco

Entró con paso inseguro al salón de clases. Mientras el profesor la presentaba, miró rápidamente alrededor, luego al piso. Era color negro. Las paredes eran blancas y los pupitres todos iguales, gris. Sujetaba sus cuadernos con fuerza. El profe le dijo que podía sentarse. "Pero antes, quítese ese tonto gorro, por favor." Ella le clavó unos ojos alarmados. Continuó obstinada hacia su asiento, pero una carpeta se interpuso cruelmente en su camino. Cayó con un estrépito, trayéndose todo abajo: carpeta, libros y gorro. Al levantarse lentamente vio que todos la observaban boquiabiertos.

"Un yermo gris donde las ideas vienen a morir." Así caviló Fabio mientras jugaba con sus lapiceros. "Eso es lo que es este lugar", se dijo. "Un cementerio de la imaginación, rebosante de muertos vivientes". Se daba cuenta de que algunos de sus compañeros lo miraban. Cómo no, si hasta hacía soniditos al jugar. Se desperezó lánguidamente; estaba complacido. Le gustaba que lo miraran extrañados, que lo consideraran "raro". "La palabra correcta, zombis, es original". O excéntrico, incluso fuera de lo común. Todas servían.

Continuó distrayéndose. No pensaba prestar atención al profe mientras hacía sus anuncios. Sin embargo, levantó la cabeza al escuchar el anuncio de que hoy llegaba una alumna nueva. "Sangre fresca". Fabio arqueó una ceja de pura anticipación. "Al fin algo refrescará un poco este aburrido lugar".